

ANA LETICIA MORALES MATA

**Primero
Dios**

B

ueno pues, con todo el miedo del mundo empiezo a escribir mi vida. Ustedes perdonarán semejante atrevimiento, debo decirles aunque no sea necesario, ya que ustedes se darán cuenta, que nunca en mi vida había escrito nada y debo confesarles que siempre lo había deseado; el gusanito escribano siempre ha vivido en mí, pero nunca hasta ahora le había permitido tal desatino.

Mi vida no es muy interesante, pero me tocó vivir una serie de acontecimientos que sí lo han sido y me ha permitido conocer personas que merecen ser recordadas para siempre.

A continuación escribo los acontecimientos más hermosos que he presenciado. Sé que esto no viene al caso pero quiero compartirlo con ustedes.

1. El haber conocido a mis hijos
2. El mirar el eclipse total de sol
3. Despertar y ver a mi esposo y mis hijos dormir tranquilamente
4. El levantamiento de Chiapas (aunque preferiría que no hubiera sido necesario)
5. Asistir a la premiación el día en que José ganó un curso de artesanos.

Cuando presencié el eclipse total de sol, acostada "bocarrriba" (como acostumbra decir mi mamá) pensé que era el más hermoso regalo que me daba la vida, pero faltaba algo igual de bello. El día que vi en el zócalo cómo miles de mis hermanos indígenas, con sus calzones de

manta, sombreros viejos y sus pies cansados, venían a darnos una lección de dignidad, y eran recibidos con incienso, copal, danzas prehispánicas y comidas deliciosas por miles de mis hermanos mestizos; la ternura que sentí, al ver cómo se abrazaban hombres y mujeres, niños, ancianos, jóvenes, sin importar quiénes eran, qué lengua hablaban, ni en qué dios creían, y esto me hizo ver que México no es un escudo ni una bandera o un presidente, México somos nosotros y está lleno de hombres buenos.

Me llamo Ana Leticia Morales Mata, nací en el año de 1958. Soy hija de María de la Luz Mata Ramírez y de Martín Morales Ortiz, ambos originarios de Dolores Hidalgo, estado de Guanajuato.

Mi papá murió cuando yo era muy chiquita, así que sólo sé de él lo que me han contado. Él era alfarero en Dolores Hidalgo, y cuando se vino a vivir a México vendía pollos y puercos.

Mi mamá es una mujer con una inteligencia sorprendente, pues a pesar de no haber ido a la escuela, sabe leer y escribir correctamente, hace operaciones aritméticas, y hasta sabe los números en inglés; es además, la mejor narradora de historias que yo he conocido, si alguien olvida algo, con toda confianza puede preguntarle a ella, estoy segura que lo sabe, es amante de los animales y las plantas y de su tierra; siempre vive añorando su infancia, la parroquia donde la bautizaron, el jardín de su pueblo; así es mi madre.

Tengo cuatro hermanas y un hermano, de ellos sólo les diré el nombre por orden de edades: Angela, Raúl, Eva, yo, Martha y Violeta.

Nací con el pie izquierdo, tuve una infancia llena de accidentes; debido a que mi mamá tenía que trabajar crecí muy descuidada, así que en mis largos momentos de soledad inventaba juegos, que en muchas ocasiones terminaron en tragedia. Tengo tantas cicatrices en el cuerpo como en mi corazón porque a cada rato me enamoraba, cuando no era de un compañerito, era de un maestro, y como no me correspondían, ya se imaginan ustedes mi dolor.

En mi casa no había regadera en aquella época, así que teníamos que calentar agua en una olla, y una persona tan ocupada como yo no tenía tiempo para eso, así que no me bañaba, y como además era miedosa y el baño quedaba hasta el fondo del patio, pues tampoco iba

al baño, así que cuando en la noche me daban ganas de ir, apretaba mis piernas y pensaba en otra cosa; cuando el sueño me vencía descuidaba la guardia y no era raro que a media noche me sacaran a chanclos de la cama. En la mañana me ponía mi uniforme, me peinaba, me cambiaba los calzones y a la escuela, como si nada hubiera pasado; desgraciadamente el olor me delataba y adiós al amor; me le acercaba a mi maestro de segundo año lo más que podía para que me calificara confiando en que había más niños cerca de él, o a veces olvidando el accidente de la noche anterior. Eso sí, los sábados mi mamá me bañaba y me ponía el vestido más bonito, entonces me desenredaba el pelo, me ponía crema, y me sentaba hasta arriba de un montón de tabiques, para que la gente admirara esa hermosa niña tan limpia que vivía allí, y me imaginaba los comentarios: "¡Qué bonito pelo tiene!, pero mira, lo más bonito son sus ojos", como verán, modesta no era.

En mi casa había muchas carencias económicas, así que mis hermanos y yo tuvimos que trabajar siendo muy niños, en lo que se podía. A veces, lavando trastes, haciendo mandados, cuidando niños. Angela y Raúl, mis dos hermanos, como ya eran unos jovencitos, se colocaron en una tienda de ropa y otro en una imprenta.

Las únicas que nunca trabajaron fueron mis dos hermanas más chicas, pues como ellas son hijas del segundo matrimonio de mamá, no tenían necesidad de ganarse el pan que se comían.

Esto a mis hermanos mayores y a mí nos ha dejado resentimientos, pero nos ha motivado para tratar de ser buenos padres.

En mi época de adolescente trabajé con una doctora judía; de ella tengo recuerdos más que agradables y ha sido uno de los mejores seres humanos que he conocido.

A los catorce años tenía tres amigas llamadas: Clara, Laura y Carmen. Con ellas compartí mis últimos juegos de niña y el gran acontecimiento de tener el primer novio. Era el año de 1972, estudiaba el segundo grado de secundaria y el último, pues desgraciadamente tuve que trabajar de manera más formal para ayudar en mi casa; me gustaba Janis Joplin y los pantalones de mezclilla; mis amigas se quejaban de lo incomprensibles que eran en sus casas y de la falta de dinero. Eso no ha cambiado mucho.

En 1974 conocí a Germán, el fue decisivo en mi vida, y no podría escribir esto sin mencionarlo. Hay personas que nunca deberían irse porque te dejan un vacío tan grande que no lo vuelves a llenar a pesar de todo lo que intentes, y aunque lleguen otras personas igual de amadas, ese hueco sigue ahí, y tienes que seguir viviendo con él, te guste o no.

Mi esposo se llama José, él es lo mejor que me ha pasado; me conoce desde que tenía diez años, siempre fue amigo de mi familia; es muy trabajador, conoce mi lado oscuro y mi lado claro; con él he compartido todos mis secretos. Él sabe la enorme alegría que sentí cuando nació Héctor, mi primer hijo; que esa felicidad me hizo sentir como fuegos pirotécnicos en mi corazón y de lo loca que estoy por él. En el año de 1979 nació mi segundo hijo Marco, mi consentido. Este niño nació riéndose y aún no termina de hacerlo; se ríe de todo y de todos. En 1980, nació Violeta, mi única hijita, a ella me ha costado más trabajo comprenderla, pero eso no ha logrado distanciarnos, así que ella y yo sabemos cuánto la quiero.

José y yo sólo estudiamos la secundaria, nuestras infancias fueron parecidas; como fuimos muy pobres, el trabajo no nos impresiona, él ha trabajado en toda la República y tres veces ha laborado en Venezuela. Ha sido pailero, albañil, plomero, mecánico industrial, herrero, electricista, y en una época vendimos tacos.

Yo he sido recepcionista, mesera, he vendido refacciones industriales y ahora vendo lámparas antiguas. En cuanto negocio he emprendido, José ha estado conmigo, además debo decirles que José es un artista, en su tiempo libre, se dedica a crear cosas hermosas.

Además de nuestra vida en familia, y el amor por nuestros hijos, José y yo compartimos nuestros ideales, somos simpatizantes del Ejército Zapatista de Liberación Nacional; participamos en las marchas de protesta y ayudamos con despensas a nuestros hermanos indígenas; sentimos su dolor y su impotencia, ya que también es nuestra y nos imaginamos un México igual de hermoso, sólo que más limpio y sin el PRI.

Héctor estudia el quinto semestre de ingeniería en comunicaciones y electrónica en el IPN, Marco y Violeta el bachillerato, ellos no comprenden porqué debe un pueblo recurrir a las armas para ser escuchado.

Mi vida es igual a la de muchas mexicanas y me siento muy orgullosa de ver que, al igual que yo, hay miles de mujeres que aman, lloran, trabajan y luchan por tener un gobierno justo y decente.

La crisis nos ha golpeado muy fuerte y mi familia ha resentido la falta de dinero, pero a cambio nos ha enriquecido enormemente, pues a mis hijos les ha despertado la conciencia ética y política que de otra manera no tendrían.

Para terminar, les agradezco profundamente la oportunidad que nos dieron para escribir nuestra vida, sin requisitos, sin importar el grado de estudios, por el sólo hecho de ser mujeres mexicanas. A nombre de ellas, quiero hablarles a los hombres que nos han amado, comprendido, respetado, ayudado, muchas gracias.

A los otros, a los que nos han explotado y nos han sumido en la más infame de las pobrezas, a los que nos han robado las riquezas de nuestra tierra, a los que nos han impedido darles a nuestros hijos una buena alimentación que los haga hombres grandes, a ellos les digo que no podrán impedirnos hacer con orgullo grandes hombres.

Gracias.